

PRESENTACIÓN

Aunque este libro contiene muchos datos de primera mano, los primeros capítulos son recopilatorios de una heterogénea bibliografía que aquí se ordena y estructura. Nos pareció que era obligado ahorrarle esfuerzos al lector interesado, presentándole, de una manera resumida, lo que podría encontrar en otros sitios de una manera inconexa, frecuentemente contradictoria y siempre dispersa. Esta fue la razón de los primeros ocho capítulos.

Los tres primeros tratan de generalidades sobre el descubrimiento o invención del fuego. El procedimiento habitual de obtención del fuego en Europa hasta bien entrado el XIX consistió en el golpeteo de un trozo de hierro (eslabón) contra una piedra (sílex o pedernal) para desencadenar una chispa que prendiera en un inmediato material combustible. El procedimiento era tan engorroso que, una vez obtenido el fuego, era preferible mantenerlo. Y cuando hubo necesidad de trasladarlo con facilidad en el ámbito doméstico, fundamentalmente para la iluminación de la casa, surgieron múltiples objetos, desde candiles a velas y bujías que conseguían estabilizar una llama transportable. Y cuando se inventó el fósforo y se vio la conveniencia de encerar el vástago, las cererías, que habían sido industrias poderosas y respetables durante siglos, vieron en esta mínima labor una nueva oportunidad de trabajo. Esta confluencia de la industria fosforera con las cererías facilitó que algunas de éstas se convirtieran en las primeras grandes fábricas de cerillas. Pero antes había sido necesario descubrir el fósforo —el más importante elemento constitutivo de la cabeza de la cerilla— así como su procedimiento de obtención industrial.

Los capítulos IV al VIII son una historia de la invención de la cerilla. Desde los últimos años del siglo XVIII se venía persiguiendo la consecución del fuego sin tener que recurrir al choque del eslabón y el pedernal. Fueron muchos los intentos, y es curioso que, aunque los nuevos procedimientos se basaban en procesos químicos o físico-químicos muy alejados del simple choque de dos cuerpos, a esos complejos procedimientos nuevos se les siguió llamando eslabones (la pesada inercia de las palabras...). Finalmente, hacia 1833, aparece la primera cerilla tal como hoy la conocemos: un vástago que sostiene una cabecilla de fósforo que por fricción entra en combustión produciendo una llama. Este inventillo dio origen a una industria poderosísima que gastó tiempo y dinero en perfeccionar sus productos. El procedimiento de fabricación de los fósforos

fue evolucionando, así como la forma de presentación al público. Para hacer el producto más atractivo aparecen las etiquetas con las que se decoran las cajillas. Pero no todo fueron ventajas. Los trabajadores, en su mayoría mujeres y niños, tuvieron que manejar un producto altamente tóxico en abrumadoras jornadas de trabajo y pagaron por ello un alto precio: desde envenenamientos agudos a toxicidades crónicas, desde accidentes laborales por explosión e incendios a sufrir una de las primeras enfermedades profesionales. Fue la página más negra de esta historia.

Los capítulos IX al XII, junto con el XV, pudieron constituir un único libro dedicado a la aparición de la cerilla en España, sus fábricas y titulares, sus etiquetas, así como la evolución de su comercialización. Pero hubiera sido sumamente pretencioso. Sólo con monografías locales se puede plantear hacer una historia de la fabricación de la cerilla en España en el XIX, que aquí sólo hemos intentado esbozar. Ni siquiera eso: sencillamente facilitamos datos, interpretaciones y etiquetas que a otros puedan orientar. Apuntamos las que pudieron ser las primeras fábricas, así como la comercialización de sus labores, la aparición de las marcas, los conflictos, la competencia y el asociacionismo patronal.

En los capítulos XIII y XIV desarrollamos uno de los objetivos de este libro. Un primer intento de facilitar el conocimiento de las etiquetas de las cajas de cerillas, cuya vistosidad dio lugar al primer fenómeno de coleccionismo popular de imágenes de papel efímero (la filatelia no aparecerá sino hasta 10 años después, cuando en 1850 comiencen a emitirse los primeros sellos de correo). Se da cuenta de la importancia de la imagen de difusión masiva que por primera vez aparece en la historia. Se estudian los ilustradores y sus fuentes de inspiración y se da una relación de las colecciones sevillanas que fueron citadas en la Guía de la Ciudad como dignas de ser vistas. Aunque al hablar de las fábricas españolas y sevillanas no dejamos de hacer referencias a sus etiquetas y de acompañar el texto con estas imágenes, hemos dedicado estos dos capítulos a los detalles de las etiquetas en que debemos fijarnos para sacar toda la información posible, a las razones por las que aparecieron y al fenómeno del coleccionismo. Finalmente damos una orientación sobre los criterios que podrían seguirse en la lectura y catalogación de este abigarrado mundo de imágenes.

Finalmente, los capítulos XVI al XVIII están dedicados exclusivamente a Sevilla. Presentamos una muy breve panorámica de la Sevilla que vio nacer sus fábricas de fósforos (1840-1900); es un resumen de la situación económica, higiénica, social y política, fundamentalmente municipal, de la ciudad, que nos permita dibujar el marco en que aparecen estas fábricas: una industria peligrosa intramuros de la ciudad, a la que llegamos a conocer a través de muy distintas fuentes y que nos permiten dar una relación de titulares relacionados con el mundo de los fósforos y cerillas, sus marcas y las direcciones fabriles y comerciales (despachos y depósitos) así como la época en que, con seguridad,

estuvieron activas. Tuvimos la tentación de desgajar estos capítulos y convertirlos en una monografía aparte. Había sobradas razones para hacerlo: las fuentes de información y la metodología empleadas bien pudieran servir, sin presunción, de modelo a seguir para el estudio en otras localidades. Sobre todo a la hora de aconsejar pistas para obtener información: las Guías de la Ciudad, donde sea posible, el Archivo y Hemeroteca del Ayuntamiento o de su Cámara de Comercio –o similar–, los Boletines de la Provincia o de la Propiedad Intelectual e Industrial, las Ordenanzas Municipales por actividades insalubres y peligrosas, las noticias de siniestros por fuego, las cererías... son todas pistas, unas más fiables que otras, que seguramente se mostrarán fructíferas.

ENRIQUE MURILLO CAPITÁN

MARÍA LUISA MURILLO SANROMÁ